LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÈGRAFO„

VERSOS DEL LLORADO MAESTRO

Aún cuando las estrofas que reproducimos no pertenecen a la época definitiva de Nervo, valen bien como un modelo admirable de armonía imitativa, que debe sustituír en los modernos textos de Literatura, para uso de los colegios superiores, a la gastada y exótica "Epístola de Horacio a los Pisones".

EL METRO DE DOCE

El metro de doce son cuatro donceles
donceles latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles,
el metro de doce galopa, galopa....

Eximia cuadriga de casco sonoro
que arranca al guijarro sus chispas de oro,
caballos que en crines de seda se arropan
o al viento las tienden como pabellones,
pegasos fantasmas, los cuatro bridones
galopan, galopan, galopan, galopan....

Oh metro potente, doncel soberano
que montas nervioso bridón castellano
cubierto de espumas peladas y blancas
apura la fiebre del viento en la copa
y luego galopa, galopa, galopa.
llevando el Ensueño prendido en las ancas.

El metro de doce son cuatro garzones,
garzones latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro bridones,
el metro de doce galopa, galopa....

Amado NERVO.

EL VIOLIN CALLEJERO.....

Si la noche era suave y tibia y amorosa, como ala que da un golpe y otro y otro, hasta producir una deliciosa tortura, el alma de aquel violín vino a colmar de sueños y deleites, la hora tan tierna que gozábamos al calor de un sueño que se iba.....

Era en una de las callejuelas de San Juan; una de esas callejuelas que guardan el recuerdo de la vieja ciudad española; callejuela torcida, apagada, silenciosa, como un misterio...

Arriba, había muchas estrellas esa noche y el violín sonaba maravillosamente, volcando el tesoro inefable de su armonía en el aire de algodón espolvoreado de plata.

¡Qué suntuoso y acariciante sonaba el violín, contando, ¡quién sabe qué dulces cosas a algún alma enferma de amor...

Eran hilos de plata las notas y se veía cómo unas manos blanquísimas, como de nácar, iban tejiendo una gasa de novia. Aquellas cuerdas gemían, suplicaban, lloraban, reían y expresaban el dolor de la vida, el sentimiento de la muerte, la locura del amor, sazonada maliciosamente por el pecado, el enorme y abrasador enigma que nos rodea...

Una cuerda era como un trémolo de lágrimas; otra sonaba como los cabellos sedosos que se enredan entre los dedos de un amante; una reía como ébria, como una mujer que sintiese palpitar en su corazón las alas desmesuradas de un deseo, de esos que aguijonean la carne y hacen arder la sangre en las venas; otra suspiraba fuera de la vida, azul y límpida, en los espacios serenísimos donde llueve su leche la Vialáctea y así todas eran como un concierto de voces que decían de los sueños, amores, esperanzas y amarguras del humano espíritu... Pero una cuerda, sobre todas las demás, sonó como herida, por el rayo súbito de un querido, de un muy querido recuerdo: "Una noche, decía la cuerda, el arco en manos ardientes de un artista me rozaba y yo, derramando la voluptuosidad y destilando luminosas gotas del divino e infernal veneno de la música, subyugaba e hipnotizaba, a los que me oían; y, como esta noche diáfana y suave y tibia y amorosa, yo hacía sentir a los corazones la embriaguez del amor, la sed que provocan los rojos labios anhelosos de besar matando... Era en un baile y vi que, al fosfórico resplandor de las lámparas colgantes, las pupilas adquirían un brillo húmedo y felino; y a medida que el arco me rozaba y las otras cuerdas enmudecían asustadas yo reía y reía como el diablo que duerme en la fina caja donde guarda la música, sus secretos...

Y vi cómo, bajo el poder melódico de mis insinuaciones mágicas las encendidas parejas iban abandonando el salón e internándose en el jardín, hasta perderse en la penumbra verde matizada de ópalo y de plata....

Todas las cuerdas callaron y el violín hizo silencio y enseguida se dejó oír otra vez, pero ahora era una nota fluída, vaporosa, ilusoria, que hacía de un leve, levísimo roce, del arco sobre la cuerda endiablada...

La flauta que acompañaba al violín había enmudecido, también, y escuchaba...

Fue entonces, que una mano femenina, oculta, aristocrática, desde uno de los balcones de la callejuela torcida y silenciosa, dejó caer un chorro de azucenas como luceros...

El violinista era un hijo el pueblo... ¡pero qué bien tocado aquel violín...!

Artistas: no desmayéis porque el aplauso ensordecedor, el tamborileo barato no suene en vuestros oídos...

Pensad en la labor anónima, en la adoración muda de esas almas anónimas, escondidas, hechuras de Dios que no faltan y que están diseminadas, como estrellas por el mundo... Pensad en las dulces manos ocultas que dejan caer chorros de azucenas... Que mientras la dalia arrogante se muestra, ciega de vanidad, la violeta, con su halo de perfume, se oculta y Dios, con su nimbo glorioso, se esconde...

E. Ribera CHEVREMONT.

HUASCAR

Para "El Condor".

Una mañana lóbrega. Flotando en el ambiente un dolicente presagio. Inexplicable presentimiento oprimiendo mi corazón.

Imposible relatar la candorosa historia de este cariño intenso hacia un perro amado por fiel, por bondadoso, por bello.

Aquellos que despreciando humanas mentiras tienen la sabia filosofía de amar a un irracional, están casi cerca de la perfección. La humanidad no merece congojas, porque sus desengaños y mentiras, dañan los corazones y deprimen los espíritus.

¡Oh Huásear, amigo mío, compañero leal de mis desencantos y regocijos! Tu recuerdo perdurará sobre todas las cosas de la vida, ingenuo como tú, imborrable como mi pena.

Ya no oigo tu alegre ladrido, ni al llegar al hogar sales a recibirme juguetón y saltarín.

Ya no tengo al atento centinela que cuidaba asiduamente la tranquila casita.

Y a la hora de las comidas no hay quien comparta las golosinas de los pequeñuelos.

Cuando hacíamos campestres excursiones, él era quien guiaba alegremente con sus ladridos argentinos y en las ascensiones a la montaña de gris arena, saltaba y jugaba como un muchacho, travieso, incansable, quitando los sombreros, haciendo resbalar a los chiquillos y subiendo y bajando con pasmosa rapidez. Aquellas horas reviven con una vivacidad penosa.

Porque cuando llega la noche y en medio de mis papeles me dedicó exclusivamente a soñar y a tejer madrigales ya no miro mi rostro en el fondo de sus glaucas pupilas que me inspiraban poemas de ternura, ni siento sobre mis rodillas su cabeza de bohemio inteligente, ni bajo mis plantas su piel suave, sedosa y tibia.

En la fría soledad de las horas largas, sólo me acompaña su alma,—alma de perro—sensitiva, diáfana, incomprendida, simple, humilde y radiosa.

Sin sombras, sin pesares, sin dudas, sin desvelos.

Cuántas veces, al recordarlo, inclino la faz y de mis párpados ruedan lágrimas cual diamantes desprendidos de mi amargo tesoro....

Todo en vano. Ante mis pies yace como recuerdo eternal su piel sedosa, suave y fría, eternamente fría!....

SOLEDAD.

ACTITUD

Para Nicolás Augusto Cañizares.

Poco rebelde a las duchas y a las camisas
[illegible]rza, que llaman teorías y problemas,
[illegible]ritu oye vagas palabras indecisas
[illegible]as palabras suele hacer sus poemas.

[illegible]azón no es cuerdo (¡claro! si es de poeta),
[illegible]cia el dolor en un verso exquisito;
[illegible] clown de Banville, él hará una pirueta
[illegible] salto mortal volará al infinito.

[illegible]vana, oh tiempo,—buen hilandero—tu rueca;
[illegible]go para todo bien o mal mi sonrisa,
[illegible]onrisa triste como una rosa seca;

[illegible] inquieto, siempre inquieto, buscándome en mi mismo,
[illegible] o la nube a la voluntad de la brisa,
[illegible] pensamiento va de un abismo a otro abismo.

Medardo Angel SILVA.

De "PROSAS BÁRBARAS"

UNA CARTA DE ECA DE QUEIROZ

("De Prosas Bárbaras")
(Trad. A. Quijano)

Mi caro Mayer:

En aquellos tiempos, según la fórmula del Evangelio, el romanticismo estaba en nuestras almas. Hacíamos, devotamente, oración delante del busto de Shakespeare.

¿Te acuerdas de tu cuarto, en la calle del Horno—según entiendo—, en el último piso, casi en las confidencias humorísticas de las estrellas? El busto de Shakespeare, que era nuestro Calvario de arte, estaba allí, al pie de una medalla del Dante y de la Inocencia de Greuze! Recuerdo también un grabado del Juicio Final y dos esbozos holandeses. Sobre el librero, por encima de Voltaire, de Diderot, de Rousseau, de Mirabeau y de algunos volúmenes de la Enciclopedia, en un cuadro, la figura de Napoleón, sobre unas rocas enfáticas, veía los tumbos del mar y el vuelo de las gaviotas. Tenías también una colección de minerales, y dos calaveras, pulidas y lavadas, que reían serenamente. Mi cuarto, en el Salvador, era más austero. En la pared había dibujada, al carbón, una gran cruz. En redor estaban escritos versículos de la Biblia y dísticos de la Imitación. Mas como yo anduviese en ese tiempo constipado, P., un pagano, hizo raspar toda aquella decoración ascética, diciendo que el misticismo, prohibiendo el sol, el calor, los baños tibios, las franelas, todos los cuidados corporales, me era nocivo, y que el ateísmo era para mí una necesidad higiénica. T. aconsejó, entonces, que se forrasen las paredes con piel humana; otro encontró ostentosa la piel humana y dijo, beatíficamente, que como más modesta y más duradera, le parecía preferible la piel catedrática. Otro opinó porque se forrase el cuarto con las hojas de los "compendios"; yo me opuse ásperamente, dando las mismas dolorosas razones que daría un preso si le quisiesen forrar las paredes del calabozo con un tejido hecho de sus propios remordimientos! Echóse a la suerte. Decidió la suerte que se forrasen las paredes con piel humana. Dispersámonos, lentos y tristes, para ir a asesinar gente!

Reuníase allí un concilio formidable.

El más implacable era A. ¡Qué ideas y qué camisas!

El fué quien, un día, en el aula de derecho canónico, profetizó, con gestos trágicos, la destrucción de Babilonia! Venía también S., todo armado; entraba ordinariamente por la ventana, gallardo como Almaviva; extendía sobre los tímidos la gran sombra protectora de sus bigotes, y, en la alta noche, salía a caza de lobos. Perseguía, en balde, una manada de lobos errantes que, según él, debía estar acampada en la humedad melodiosa del Salgueiral. Venía también M., de siniestras ironías: un día, en el Bussaco, encuentra a un hombre de patillas apostólicas, corre hacia él y lo aprieta entre las manos robustas, con el gesto de quien aplasta un insecto.

—¡Oh, qué hace?, gritaba el hombre.—Estoy buscándolo; el señor, entre esta floresta, me hace el efecto de una pulga entre las barbas de Moisés!

Y continuó apabullándolo.

En tu cuarto se celebraba, el Arte. Era el Hotel Rambouillet del romanticismo "coimbreño".

Allí, muchas veces, sentado sobre la Mecánica Celeste de Laplace, me mostraste, misteriosamente, un sistema solar que tenías creado y encerrado dentro de un frasco. Los universos eran gotas de agua. Un día un perro derramó aquel firmamento.....

¡Qué tardes! Del balcón veíase la serenidad virgiliana de los prados y del río. Leíamos: yo declamaba Hamlet, tú tocabas en tu violín la mórbida Lucía. Muchas veces, ante un concilio revolucionario, tú leías, en pie sobre la mesa, dramáticamente, los Iambos de Barbier-los Iambos, de los que el clásico A. decía gravemente que tenían un defecto: ser sublimes! Celebrábamos ceremonias de un culto desconocido delante del busto de Shakespeare. ¡Dábamos grandes batallas! ¡Combates crueles! ¡Todavía su seriedad me estremece! Eran dos bandos. De un lado los paganos, los clásicos, los positivistas; del otro los bárbaros, los románticos, los místicos.

Las balas eran nombres: arrojábamos, de bando a bando, cruelmente, los nombres de los grotescos de cada secta. Un romántico hería a un clásico gritándole, con gesto terrible: ¡Domingos dos Reis Quita! El clásico se bamboleaba, pero respondía, vengativo: ¡Gilbert de Pixérecourt! Te acordarás de que una vez un clásico traicionero tiró despiadadamente al pecho de un adversario romántico este nombre mortal: ¡Visconde d'Arlincourt! Recuerdas seguramente que nosotros fuimos los Sansones de los Filisteos clásicos: no los derrotamos con la misma quijada, pero los apuñalcamos, uno a uno, con nombres de clásicos portugueses. Un día se desbandaran, aturdidos, en cuanto nosotros, desde lo alto de la escalera, les gritáramos, sin cuartel: Sá de Miranda! Garcao! Semedo! Quita! Sepulveda!

Ya cansados, sin armas, tirábamoslos estos nombres como piedras.

¿Te acuerdas de los ensayos de "Los Amgios Intimos"? Había una palabra que yo no conseguía pronunciar bien: era solidaridad. La noche de la representación tomé el partido de cantarla, separando las sílabas como notas de música. Era en la "utilería" del teatro en donde discutíamos con T. la superioridad del arte griego. Al doblar una cortina, apartando bastidores, preconizábamos el Moisés y el Pensieroso, con grave detrimento de la Venus de Milo —la gran Afrodita. Después de las representaciones había cenas semejantes a las bodas de Camacho! Una noche salimos todos de túnica, con coronas de laurel, simbolizando la generación de los Petrarcas y cantando un coro lacrimoso.

Había habido en la calle de....una reunión, y las familias, al salir, se dispersaban con gritos de aves asustadas al ver aquella multitud de fantasmas coronados, que recitaban un soneto amoroso ofrecido a Dios en nombre de los discípulos de Petrarca!

Aquella época fué una pequeña Restauración; tanta era la vida, la savia espiritual, la vaga convulsión melodiosa del alma. Adorábamos el teatro. El teatro era la pasión, la lucha, el dolor, el corazón arrancado, gimiendo, sangrando, rodando sobre una escena resplandeciente. Nuestro teatro era Shakespeare y Hugo, y los comediógrafos españoles, sombríos y magníficos, del siglo XVI.

Admitíamos también la sátira en el teatro; pero la sátira sangrienta: Juvenal dialogado, la brutalidad sublime de Rabelais, la gran risa gala, todo el fango de Marcial con toda la sangre de Tácito, para pintar la cara blanda del egoísmo humano.

Teníamos un hemiciclo de poetas. Colocados desde un punto de vista exclusivo, sólo era admitido a nuestra comunión lo que derivase de la fuerza, del rugido de la naturaleza, de la palpitación salvaje de la vida y de la pasión.

Teníamos, al mismo tiempo, ocultamente, un idealismo disolvente y enfermizo. Nuestro gran compositor era Beethoven; y todavía yo ¡desgraciado de mí!, adoraba a Mozart en secreto. Y aún sospecho, amigo, que en ese tiempo condescendiste con Novalis y Luis Tieck.

Para nosotros (y lo digo con grandes golpes contritos sobre el pecho) Portugal no tenía derecho de ciudad en la región del arte y del alma. Aceptábamoslo como país de acción. Uno de los mayores poetas de Portugal, para nosotros, era Vasco de Gama! Teníamos un sistema de naciones-almas y naciones-brazos. Así, para nosotros la mayor epopeya portuguesa era la exploración del mar. Sus rimas eran conquistas. Las escenas de sus dramas chorreaban sangre junto a las murallas de Diu.

Literariamente, Portugal, en nuestra opinión, era simplemente el pretexto para el Bosquejo Histórico del señor padre Figueiredo. Del pasado, apenas creíamos en Joao de Barros y en Camoes. Garrett habíase separado de nosotros, tomando por el atajo que lleva a Dios y legando a la generación presente la poca alma que ella tiene aún.

Los contemporáneos, ¡ah, no los conocíamos! Hoy, yo, y creo que tú, conocemos bien los espíritus nobles que se obstinan en pensar en medio de este desierto de almas, unos por el lado de la historia, otros por el lado del verso, algunos favoreciendo la crítica, otros reanimando el drama y el romance.

Pero, en aquella época de espontaneidad, sólo veíamos lo que era verdadera e incontestablemente genio!

Discutíamos largamente la naturaleza, y recuerdo haberte oído hablar, ante aquella luz que cae deshecha en tristeza en el Penedo da Saudade, acerca de la formación de las nebulosas y, partiendo de allí, describir al hombre y a Dios, hasta la procesión de la víspera.

Había entre nosotros todas las teorías y todas las sectas: había republicanos bárbaros y republicanos poéticos; había místicos que ponían en práctica las églogas de Virgilio; había materialistas que preconizaban a la materia con una suave languidez en los ojos, y hablaban de la fuerza vital casi de rodillas, con las manos amorosamente cruzadas; había paganos que lloraban sus penas de amor, castamente, bajo la niebla luminosa de los astros. Todo había; y también la serena amistad incorruptible, el fecundo amor del deber y la ingenuidad risueña de todo lo que despierta.

Ante la anatomía de las ideas había una bravura magnífica, y en la vida real todos eran contemplativos, melancólicos y tímidos. Y tú sabes cuál era el gran espíritu, hoy lejos de nosotros, que explicaba a Proudhon con la serena familiaridad de los sabios, y en las aulas decía, con voz tímida, refiriéndose a los jurisconsultos antiguos: ".... El señor Pegas.... Su Señoría el digno Paiva y Pona.... El noble caballero Cujacio...., etc." Temblaba delante de aquellos comentaristas como delante de ídolos misteriosos, e imaginaba ablandralos rindiéndoles veneración.

Tal era aquel conflicto. La fuerza severa del espíritu necesita de estas precursoras explosiones de vida. Hoy resta poco de esos camaradas. Separados o distantes, sin embargo, siempre que uno levanta el brazo reúnense todos en círculo, como los hugonotes en redor del penacho de Enrique IV.

Todos se perdieran. Unos están muy lejos, al otro lado del mar. Otros sufren los tedios de la vida oficial. Otros viven en las castas serenidades caseras. Otros pudren bajo la hierba, y lo que amábamos en ellos—el alma—disipóse, y lo que veíamos—el cuerpo—anda en redor nuestro, en las metempsicosis, en el aire, en las plantas y en las piedras; pero nosotros no comprendemos todavía su silencio, como ellos ya no perciben nuestro ruido!

Quien en ese tiempo me hubiese hablado de los siglos clásicos de Augusto y de Pericles, me hubiera hecho una injuria personal. Hoy, en presencia de esta desoladora dolencia de los espíritus, de estas llagas luminosas e incurables que las almas tienen, estoy pronto a declarar, con la vela en la mano, como los antiguos conversos, que el pensamiento ha tenido apenas tres épocas: Pericles, Augusto y Luis XIV. ¡Es el ciclo de los tres tiranos! I, por más que sea sensible que las ideas nazcan como los esclavos, yo hallo magnífico y verdadero que aquellas épocas gloriosas sean el sepulcro de todo cuanto el alma humana ha creado. Confiteor. ¡Salve, Aristóteles!

Mas lo malo es que en torno de aquellas épocas que son cimas luminosas, por lo bajo crepúsculos constelados, muévese una población salvaje, disforme y revolucionaria. Allí está el crimen, la pasión, la lucha, el dolor, la sangre, el amor, los celos, la muerte y la duda — todas las medias tintas del mal! Quien desciende de aquellas cimas, que son gloria, luz y verdad, en donde habitan las almas nobles de Horacio, de La Harpe, de Boileau, de Reis Quita, de Garcao, de Caminha y compañía; quien baja a aquellas profundidades perversas, topa con figuras gigantescas y horribles: Shakespeare, el humano; Dante, el sobrenautral; Rabelais, el escarnecedor; Isaías, el profeta; Juvenal, el vengador; Esquilo, el fatal. ¡Aquellas figuras devastan!

Es un encuentro peor que el de la Selva Misteriosa en el principio de la Divina Comedia. ¡Adiós las serenidades idílicas de los tiempos de Pericles y de Augusto! ¡Adiós las claras aguas de la alegría en los ojos! ¡Adiós las tibias blanduras y los descansos arcádicos!

Aquellos poetas terribles arrástranos, deslúmbranos de ideal, aplástanos de pasión, danos puñaladas de luz! Todo lo arrojan sobre la pobre alma: el amor, la melancolía, la pasión, los celos, el misticismo, la ironía, la desesperación, la duda. Aparte de eso, no respetan la felicidad corporal del egoísmo humano: atrévense a dar el terrible espectáculo del dolor. ¡El Rey Lear muestra despiadadamente sus ojos arrancados y su corazón caído ne el cieno, pisado por los hijos, escupido por los lacayos, silbado por la plebe!

Aquellos poetas abren en el alma lejanías sorprendentes. Quien los lee se siente penetrado, bruscamente, de infinito! ¡Sufre, como los sacerdotes antiguos sufrían con la presencia de Dios!

Y mientras tanto, los que se quedaran en la luz blanca, en compañía de los espíritus inofensivos de Racine, de Horacio, de Virgilio, de todos los clásicos, viven contenta y sosegadamente en su fe ordinaria, en su virtud, en su somnolencia higiénica!

Es que esos inofensivos hacen un ruido que arrulla, ponen un abat-jour al ideal, refrenan la pasión y se blanquean la faz del dolor.

Los que bajaran a las regiones románticas, quedaran con el alma doliente, febril ,ansiosa, nostálgica. ¡Así es como se explica toda esta generación moderna, contemplativa y enfermiza! Porque — digamos la verdad—hoy la vida del pensamiento es un vasto hospital de almas. Y los gemidos que salen de los lecho son los dramas, los poemas, los romances modernos. Hoy, incontestablemente, pensar es sufrir. La enfermera, que se llama Democracia, logra curar a pocos. Los poetas clásicos, esos, no obligan a pensar: son la sencillez, la frialdad, la narración, la superficie, la afectación, lo convencional: ¡todo menos el alma, con su tragi,comedia de dolores y de dudas!

Nosotros, amigo mío, somos una generación desilusionada por tres revoluciones, enervada por una invención horrible—la música—, dominada por la duda religiosa: generación que ve desvanecerse el Cristo, a quien tanto tiempo amó, y no ve llegar la libertad, a la que hace mucho tiempo espera. ¿Cuáles pueden ser las obras de esta generación?. Creaciones febriles, convulsiones cerebrales, idealistas y dolientes, toda una pesadilla moral. Por eso hemos tenido esa serie de figuras melodramáticas, desde Fausto hasta Mr. de Camors.

¡Qué vale más: esta magnífica enfermedad, o la salud vulgar e inútil que se goza en el clima tibio que va desde Racine hasta Scribe? ¡Yo prefiero valerosamente el hospital, sobre todo cuando la primera fiebre se llama Julieta y la última Margarita!

Los otros, los sanos, los doctrinarios del arte, los petrificadores de la pasión, los sacerdotes de la tradición y del magister dixit, no pertenecen al arte puro: pertenecen a los archivos. Son documentos históricos. Son momentos sociales vistos a través del arte. Racine explica a Luis XIV. Y como en la historia libre y pura no puede concebirse a Luis XIV, en el arte puro y libre no puede admitirse a Racine. Toda nuestra Arcadía explica los reinados de Don Juan V, de Don José I y Doña María I. Por esa literatura pueden conocerse todos los sentimientos monárquicos del tiempo, el espíritu cortesano, la influencia clerical, la sumisión de ante-cámaras, las sutilezas morales, la serenidad enfática, la majestad teatral, todo ese cúmulo de falsos sentimientos y de costumbres falsas que era el antiguo régimen. Y aquella literatura falsa, ridícula, siendo excelente como documento, es grotesca como arte.

En el arte sólo tienen importancia los que crean almas y no los que reproducen costumbres.

El arte es la historia del alma. Queremos ver al hombre; pero no al hombre dominado por la sociedad, entorpecido por los hábitos, deformado por las instituciones, trasformado por la ciudad; sino al hombre libre, colocado en medio de la naturaleza libre, entre pasiones libres. El arte es simplemente la representación de los caracteres tales como serían, abandonados a su juntad inteligente y libre, sin las niotas sociales. Allí está lo que es Shakespeare la supremacía en el arte. Fué el mayor creador de almas. Reflejó la naturaleza espontánea: soltó las pasiones en libertad y mostró su aspecto bre. Es ahí en donde se puede estudiar al hombre. Esto es lo que hace tan grande la grandeza de ciertos tipos creados de Balsac: le Barón Hulot, Goriot, Grandet, Realizan su destino legítimo la asociación humana, bajo la filosofía de las pasiones.

Sin embargo, en ocasiones, los que reflejan su Tiempo, erean: esto es cuando no sólo revelan el carácter de un momento, un estado convencional, efímero, sino cuando traducen y explican todo el alma del pueblo. Esto es lo que constituye la grandeza de Joao de Barros. Renovador, reveló el genio de Portugal, espíritu aventurero mezclado de meditación religiosa, el heroísmo supersticioso. Camoes, el hijo del Renacimiento, de las imitaciones latinas, no tiene el espíritu épico de Joao de Barros, en ocasiones, en una sola página construye toda la antigua alma heroica de la patria.

Ultimamente el espiritualismo está en su fase retórica; y los poetas —hablo de Francia—, Mallarmé, Verlaine, Sully-Prudhomme, Catulle Mendès, Coppée, Loredia, Ricard, L'Isle-Adam, etc.— lanzan maldiciones al mundo y a la materia, con la misma sabia refinada estudio con que los poetas de 1810 hacían madrigales. Una cierta especie de salida de Charles Baudelaire, fines de siglo, pares por el mal: como los histriones asquerosos se ponen bermellón en la cara para cubrir la palidez, ellos tiñen su alma de perversidad negra para cubrir el desfallecimiento.

Hace poco hablé de Mr. de Camors. He aquí todavía un libro nostálgico. Todavía Manfredo y Don Juan, bajo una forma remozada y teatral. Mr. de Camors es un místico. Tiene todos los desfallecimientos del alma, todos los desmayos del deseo de los héroes románticos de 1830. Trae sólo de nuevo un aparato: el materialismo. Se enmascara de impasibilidad: ¡pero cuán frágil! Precisamente cuando por la pasión política, por el resplandecimiento financiero, por la fuerza de los hábitos, por la fuerza de las vinculaciones, tiene una existencia arreglada y material, en la que su alma se adormece. Y como el alma se adormece, cállanse sus gemidos. Y cuando despierta, sea por el amor, por la verguenza, por la pasión, por el deber, por la paternidad o por el sentimiento, principia, luego, la pobre alma a llorar afligida, a torturarse, a pedir, con las manos levantadas hacia las estrellas, un refugio eterno!

Aquí, en Portugal, hay también gran dolencia. Hablaría de eso bien si no estuviese cansado de escribir.

Pero la peor de las enfermedades es la que finge aires lánguidos: la que ansía, al morir, la voluptuosidad de la muerte: la que, cuando va siente el frío de la muerte, suspira correctamente: ¡Adiós!

¡Qué significa esta carta desordenada en la que me dejé ir contra mis hábitos impasiblemente silenciosos, sin hablar vagamente sobre literatura? Nada, sino que, en un día de tristeza y de frío, quise hacer una romería a añoranzas hacia aquellos tiempos importantes en que nosotros vivíamos en la noche de ideas y de deseos, alumbrados por los astros—Shakespeare, Dante, Rabelais, San Juan, Goethe y Cervantes—, y teniendo siempre en el alma aquella ternura luminosa que viene de una aurora serena, clara, inmensa, purificadora y consoladora: Jesucristo.

Tuyo,

Eca de QUEIROZ

UNA VIRTUOSA DE LA DANZA RUSA

LA PAULOWA y VOLYNYNE, en uno de los bailables de la ópera del maestro A. R. Aubert: "La Muda de Portici", que ha sido trasladada a la pantalla por la "Universal Film". Como datos interesantes consignaremos que en uno de los cuadros aparecen 20.000 personas en escena y que la empresa yankee ha pagado 60.000 dollars a la genial intérprete por su intervención artística.

"La Muda de Portici" que está dividida en ocho cantos, se estrenará en el Teatro Eden próximamente, acompañada de su partitura, ejecutada a toda orquesta.

LA MAS ORIGINAL DE LAS MUSAS

Así podría definirse la inspiradora del genial tuerto López, quien para gloria de Colombia, va fundando una nueva escuela de poesía genuinamente americana, jocunda y cascabelera, policroma y última como no la hubo nunca y que promete, por felicidad, dar sazonados frutos.

CROMO

En el recogimiento campesino,
que viola el sollozar de las campanas,
giran, como sin ganas,
las enormes antenas de un molino.

Amanece— por el confín cetrino
atisba el sol de invierno. Se oye un trino
que semeja peinar ternuras canas,
y se escucha el dialecto de las ranas...

La campiña, de un pálido aceituna,
tiene una hipocondría, tiene una
dulce hipocondria que parece mía.
Y el viejo Osiris sobre el lienzo plomo
saca el paisaje lentamente, como
quien va sacando una calcomanía....

CREPUSCULO SEDANTE

Vivo entre marineros desde hace una semana.
La tarde—satinado papel multicolor—
pone a relieve alguna que otra vela lejana
y la espiral sortija del humo de un vapor.

En tanto que las aves, tranquilamente solas,
suben al cielo, cuentas salidas de un collar,
y bajan y se alejan, diéresis de las olas,
por sobre la U que forma cada tumbo del mar...

Luis C. LOPEZ.

OLEO

Retrato de S. M. SUSANA I.

Tenía una galante leyenda palatina.
Velaban el prestigio de su norte ducal
las águilas bicéfalas de collera azulina
grabadas en el ébano más puro del sitial.

Moría de un ensueño lánguido su retina,
incendiando la estancia de un clarol vesperal;
mientras la mano pálida parecía un fina
libélula encantada de un jardín otoñal.

Temblaban los lebreles dóciles y menudos
por bajo las gualdrapas imperiales; y mudos
a la caricia nívea de su pie de satín

aguzaban los cuellos heráldicos y finos;
mientras que simulaban ramilletes de trinos
los pájaros cautivos del celeste jardín.

J. J. PINO DE ICAZA